

# El inconfundible sello de una gran artista

Auditorio Alfredo Kraus, 14 de mayo 1998. Claudio Monteverdi: *Ed è pur dunque vero*; *Lamento d'Arianna*; Georg F. Händel: *Mi palpita il cor*; Georg P. Telemann: *Ihr Völker, her*; Alessandro Scarlatti: *Clori mia, Clori bella*; Antonio Vivaldi: *All'ombra di sospetto*. Teresa Berganza, mezzosoprano. Zarabanda; Alvaro Marias, flauta barroca; Miguel Jiménez, cello barroco; Rosa Rodríguez, clave.

Leopoldo Rojas-O'Donnell

Siempre ha resultado beneficiado el público grancañario de la especial estima de una de las más grandes artistas españolas de todos los tiempos: Teresa Berganza. Sus apariciones en diferentes recitales de la mano de la Sociedad Filarmónica han sido, aparte de inestimable calidad musical, reflejo de una mutua corriente de afecto entre la genial intérprete y el público. Y cuando se trata de una artista de esta categoría, ello resulta más que una suerte, una bendición.

Cuando habían corrido voces en los medios de comunicación nacionales, de una inminente retirada de los escenarios operísticos, he aquí que se nos presenta plétora de facultades (salvando, claro está, el lógico desgaste de la edad) en un programa no especialmente frecuentado por esta cantante, integrado en su totalidad por arias barrocas.

A pesar de que existen registros discográficos de interpretaciones suyas, en los inicios de su carrera, de arias de autores italianos del Barroco e incluso de óperas completas (recuérdese su célebre interpretación en *Alcina* de Händel) es éste el primer programa que presenta en esta línea interpretativa, con instrumentos a la usanza de la época, con criterios filológicos.

El primer problema con que se encuentran este tipo de ver-



JOSE CARLOS GUERRA

Teresa Berganza, en un momento de su actuación en el Auditorio.

siones es la inadecuación de los instrumentos y de las técnicas para los macroespacios de la actualidad. Nada tienen que ver nuestros modernos auditorios con las estancias palaciegas o teatros para los que fueron creadas las obras de Monteverdi o Vivaldi. De ahí que para este repertorio, si ha de interpretarse de acuerdo a los criterios historicistas, resulten más idóneos salones de cámara o, tal como ocurre en muchos lugares de Europa, en palacios que sirven de perfecto marco contextual a la música y su estilo.

Quizá por ello, y a que el programa, que aun conteniendo obras sublimes, apareció excesivamente uniforme, no se consiguió el resultado espectacular esperable. Y, sin embargo, pese a las sabvedades, la gran categoría artística y musical de la protagonista acabó por imponerse. La belleza de su instrumento,

con homogeneidad apreciable en todos los registros y con especial relevancia en el grave, se manifestó de forma espléndida, al igual que su pulcritud en las espectaculares agilidades de la escritura melismática (sección Allegro del aria de Telemann); la elegancia aristocrática en *Mi palpita il cor*, de refinamiento exquisito, o el alarde de dominio del *falso* en Scarlatti de tirante tesitura. Pero quizá donde la Berganza no encuentre rival y donde impone su magisterio *ex cathedra* es en los recitativos, de expresividad inefable y en los que es capaz de transmitir lo que está y lo que a simple vista no se halla en la partitura porque sólo es intuible para artistas especiales. Sirva como mero recordatorio su interpretación en el *Lamento d'Arianna*. Correcto el acompañamiento de Zarabanda, pese a que el recinto no es el idóneo para este recital.